

An aerial photograph of a vibrant turquoise river winding through a dense forest. The water is crystal clear, revealing a bed of smooth, dark stones. The surrounding vegetation is lush and varied, with shades of green, yellow, and purple. In the upper left corner, a small waterfall cascades over dark rocks. A person is sitting on a rock in the middle of the river, looking towards the camera. The overall scene is serene and beautiful.

# Araucanía en 100 Palabras

Los mejores 100 cuentos de la  
séptima versión del concurso

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS:  
LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA SÉPTIMA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio  
Junio de 2026

Selección | Fundación Plagio  
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio, Francisca Alegría y Patricia Holmqvist  
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción n° 2026-A-4353 en el Departamento de Derechos Intelectuales  
ISBN: 978-956-9304-75-0  
Tiraje: 20000 ejemplares  
[www.araucaniaen100palabras.cl](http://www.araucaniaen100palabras.cl)

Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores  
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA



**Araucanía  
en 100 Palabras**



Esta nueva edición de Araucanía en 100 Palabras vuelve a reunir voces diversas que, con sensibilidad y creatividad, retratan la vida en la región: la infancia entre castañas calientes y juegos bajo la lluvia, los viajes al campo donde el tiempo parece detenerse, los afectos que se construyen en torno al mate y la cocina familiar. Son relatos donde conviven lo cotidiano y lo extraordinario: un corte de luz que se transforma en teatro de sombras, un volcán que parpadea en silencio o una animita que responde plegarias en medio de la incertidumbre.

En CMPC nos enorgullece ser parte de esta invitación a mirar La Araucanía desde la palabra. A través de estos cuentos, se dibuja un territorio vivo, donde la naturaleza, la memoria y la identidad se entrelazan. Aquí, La Araucanía aparece como un espacio de encuentro: entre generaciones, entre lenguas y lugares de origen, entre lo urbano y lo rural. Un lugar donde

cada historia, por breve que sea, logra capturar una emoción profunda.

Creemos en el valor de la cultura y la creatividad como motores de desarrollo y encuentro. Por eso, agradecemos a quienes participan, leen y difunden esta iniciativa, que permite que miles de personas se reconozcan en las palabras y descubran nuevas formas de habitar su entorno.

Les invitamos a recorrer estas páginas y a dejarse llevar por estas historias. Esperamos leer sus cuentos en esta versión del concurso.

CMPC

Los cien cuentos que reúne este libro son un viaje por La Araucanía: un territorio que no solo se habita, sino que se siente, se recuerda y se reinventa en cada palabra.

Aquí aparecen la infancia y sus pequeños descubrimientos: meter las manos en la tierra o encontrar abrigo en una casa árbol; la vida cotidiana que se ilumina en gestos mínimos: un vaso de agua tras una caminata, una sopaipilla compartida con la abuela; y también aquello que nos sorprende: volcanes que observan o espíritus que susurran en el bosque.

Estos relatos construyen una geografía emocional donde conviven el campo y la ciudad, la memoria y el presente, lo íntimo y lo colectivo. En ellos, La Araucanía se revela como un espacio diverso y profundo, donde cada voz –niños, jóvenes y adultos– aporta una manera única de mirar y nombrar el mundo.

Leer estas páginas es reconocer que las historias están en todas partes: en una micro que recoge fragmentos de conversaciones, en un perro rescatado que cambia la vida de un barrio, en el recuerdo persistente de un hogar o en el deseo de volver a pertenecer a la tierra.

En esta nueva edición de Araucanía en 100 Palabras, reafirmamos la convicción que guía nuestro trabajo: todos tenemos algo que contar. Y cuando esas historias se comparten, no solo se vuelven visibles, sino que construyen comunidad, identidad y memoria.

Como lo demuestran estos cuentos, La Araucanía es una región con cuento.

FUNDACIÓN PLAGIO

## Viveros Las Niñas

Mi familia y yo trabajamos en las flores, y yo ayudo a lo que me digan y me encanta. También me gusta meterme a la tierra como conejo a su madriguera y cuando es época de castañas salgo a buscar donde mi abuela y a la once comemos castañas calentitas. Después salimos a trabajar cada una haciendo cosas, desmalezando o haciendo macetas para las flores del invernadero.

CATALINA LLAUPE LLANQUITUR, 13 AÑOS, VILCÚN.

## Un corte de luz

Premio al Talento Infantil

Juguemos afuera, digo. Abro la ventana y pienso que mejor no, hay mucho viento. Ya de noche se corta la luz. Puelche otra vez, dice mi mamá. ¿Qué haremos? Ya sé, digo. Voy por materiales y me pongo manos a la obra. Recorto unas figuras y ¡chachán!: un teatro de sombras. Comienzo: había una vez un corte de luz...

OLIVIA RIVERA ARENAS, 9 AÑOS, VILLARRICA.

## Casa árbol

Casa enraizada. Entre maquis, laureles, canelos, casa. Anidan en ti los pájaros y murciélagos. Anido yo. Se enredan lianas y copihues. Se acercan bichos de todos los tipos. Se refugian las liebres de los zorros. Me refugio yo de la lluvia. Tiuques, bandurrias y caranchos descansan en tus ramas. Por las noches te vigilan los concones. Vieja casa que ahora también cobija hongos y líquenes, aguanta firme las tormentas. Aguanta los temblores y ventiscas. Tira tus raíces más profundo, porque quiero seguir abriendo tus ventanas hacia el bosque.

ANA ONEDA MELLO, 33 AÑOS, PUCÓN.

## El campo

Cuando voy al campo a ver a mis abuelos, camino a Cholchol, veo los árboles, flores, vacas, caballos, veo pasto verde. Y veo muchos pájaros y ramas. También veo montañas, veo cosas, veo mi auto y también veo la piscina, faros de luz, cables, veo pollitos, máquinas, tractores y veo la felicidad.

JAZIEL ZAGAL ARIAS, 9 AÑOS, TEMUCO.

## El vaso de agua

Nos vamos al campo. Son varias horas, llegamos y hay que caminar luego del portón; se siente blando el suelo por las hojas del otoño y el pasto, más el peso de la mochila en mi espalda y una pequeña mano sosteniendo la mía está tibia. Por fin llegamos: debemos subir la quebrada, limpiar las hojas, se llena el estanque de agua; voy a casa y al fin puedo tomar mi vaso de agua.

CAROLINA SOTO SANDOVAL, 36 AÑOS, VILLARRICA.

## Fin de clases

La lluvia cae, los árboles danzan, nueva vida crece. La suave brisa cayendo sobre mi rostro. La lluvia se detiene, sale una luz entre las nubes llamado «sol». Frente al sol sale un arco de colores que le dicen «arcoíris». Caminaba hacia avenida Alemania, con la mochila de mi escuela en mi espalda, deseando llegar a mi casa.

EMILIA OBREQUE TIZNADO, 11 AÑOS, TEMUCO.

## Me gusta mi vida

Amanecí feliz, comí pan con un Milo caliente, mientras le hacía cariño al Rucio: me gusta mi vida.

CYNTHIA NEIRA TRECAMAN, 10 AÑOS, MELIPEUCO.

## El eco del llamado

El día de We Tripantu, una voz silenciosa me llevó en bicicleta hasta el sector de Quelhue. Grande fue la sorpresa al llegar a un sitio ceremonial; intensa se sentía la atmósfera, y me retiré respetuosa. Por la noche, en mi casa lejana, la lluvia golpeaba fuerte el techo. Entre el estruendo, un sonido profundo del cultrún emergió: pum pum, pupupum, pupupum. La tierra sabía que estuve ahí, y me habló en su lenguaje antiguo. Esa noche entendí su mensaje: «Eres bienvenida».

ISIDORA DURÁN BEDMAR, 34 AÑOS, PUCÓN.

## Recuerdos del sur

Ella miraba por la ventana de su habitación ese paisaje húmedo, brillante y gris a su vez, tan hermoso y característico del sur. Veía cómo el tren pasaba efímero llenando de vapor el cielo azul, como ese amor que llegó y se fue. Miraba las flores del jardín como aquellas que alguna vez él dejó en su puerta, esas araucarias que llegan tan alto como ella alguna vez se sintió, pero ahora como la lluvia que cae torrencial por su ventana.

NAYELI NOVA CÁRDENAS, 16 AÑOS, TEMUCO.

## El día que el volcán parpadeó

Nadie lo vio, pero sucedió. Un instante, apenas un susurro entre el humo y la nieve, el Llaima parpadeó. La ciudad tembló sin saberlo. El mercado olvidó un precio, el río dejó de fluir por un segundo, y en Nahuelbuta los árboles se inclinaron apenas. No fue un sismo ni una explosión. Solo un gesto. Algunos sintieron un vacío en el tiempo, una pausa en la historia. Pero nadie supo qué hacer. Hasta que, en la noche, cuando la niebla cubrió todo, la tierra exhaló un latido profundo. Y entonces, el volcán volvió a mirar.

CONSTANZA ALFARO SANHUEZA, 25 AÑOS, TEMUCO.

## Llegó a la Araucanía

Llegó a la Araucanía sintiendo que Dios estaba en cada rincón. El cielo parecía más azul, el aire más limpio, esta tierra le susurraba. Conoció la dicha mirando los volcanes, el canto de los pájaros, los árboles que rezan en silencio. Con el tiempo, entendió que quien se queda, cambia. Ya no busca afuera. Aprendió a leer el lenguaje del agua, del humo, de la gente. No necesitó más templos: encontró lo sagrado en la lluvia, en el fogón, en los ojos sabios de su gente. Y comprendió que su alma, por fin, había llegado a casa.

CLAUDIA MORALES DÍAZ, 57 AÑOS, TEMUCO.

## Pies con memoria

En el campo, mis pies descalzos leían la tierra: la humedad antes de la lluvia, la espina escondida, el calor de la siesta. Conocían el camino a casa en la noche más oscura. Aquí, en la ciudad, los encerré en zapatos. Ahora solo leen la dureza del cemento, el cansancio de la escalera, la indiferencia de la baldosa. A veces, en la plaza Aníbal Pinto, cierro los ojos y piso el pasto. Mis pies, por un segundo, recuerdan quiénes son. Recuerdan su mapu. Deseo que caiga esa gota del cielo que hace que este trozo de tierra huela a hogar.

JIMENA MAIZ SÁENZ-VILLARREAL, 54 AÑOS, TEMUCO.

## El hallazgo

Cada mañana, al salir de casa, me aferraba a una pequeña esperanza que susurraba: hoy será el día. Me dirigía al trabajo con el mismo ritual, repasando mentalmente las calles y esquinas, buscando, siempre con la ilusión de que el destino me haría un guiño. Pero nunca ocurría. Sin embargo, esta mañana fue distinta. Había algo en el aire, una vibración leve, casi mágica, que me hizo avanzar con cautela. Y entonces, ahí, en medio del caos urbano... frené, sonreí, casi lloré. Frente a la puerta, esperándome como una promesa: ¡Un espacio vacío! Temuco, por fin, me hizo un lugar.

VALERIA PÉREZ DÍAZ, 46 AÑOS, PUCÓN.

## El abrazo del sur

Soy de otro planeta. La tranquilidad llegó a mí al ver el humo de las estufas mientras recorría las frías calles; al deleitarme con el aroma de las cazuelas hechas por sus gentes. Sonreí al ver calcetines de lana colgados al viento por las ñañas y probé un mate que me colmó de energía. Disfruté de unos huevitos con digüeños y al ver la nivea falda del Rukapillán arrojando a su pueblo, un bocinazo me despertó. Nací allá, pero ahora estoy lejos. El tibio abrazo del recuerdo me afirma de donde vengo.

BRIGITTE MONTEIRO BARRIOS, 38 AÑOS, PUCÓN.

## Milagros que faltan

Premio al Talento Mayor

Al cierre del Cementerio de Temuco, en medio del camino, me guiñaba el ojo esa animita, tapiada de gratitud y bendiciones. Fue un hombre cruel y, sin embargo, bendito. ¿Será que su alma se había limpiado con tanto milagro? ¿Se lo pido, no se lo pido? Torturaba a mi mente esa pregunta. Nada perdía. Estaba cesante, precisaba el trabajo. Me armé de valor, farfullé una plegaria y dejé una vela larga y barata para iluminar esa alma. Esa noche, triste y desanimada, abrí el correo, entre tantos que buscaba. De pronto, enmudecí y me resbaló una lágrima: «GANÓ LA VACANTE»

ANGELINE CERDA SCHUSTER, 65 AÑOS, TEMUCO.

## Las blancas montañas

Cada día, al despertar, me preparo para ir al lucero. Siempre camino hacia la garita y ahí están, blancas y nevadas, como siempre, y mientras las contemplo espero el bus.

MATEO VALENCIA DURÁN, 12 AÑOS, PUCÓN.

## No es el momento

Recuerdo las mañanas frías y oscuras cuando me despertaban para ir al colegio, esa sensación de frío en la cara y el olor a leche con chocolate siempre me trae recuerdos de esos tiempos, cuando lo único que importaba era llegar a la casa y prender la tele para ver mi programa favorito. «¡Señor!». «¿Qué?». «Le estoy preguntando si este bus para en la feria Pinto...». «Eh... no».

DANTE ESTAY NAHUELPÁN, 15 AÑOS, CHOLCHOL.

## Plan ideal

«¿Y si vamos a...?». «Pero si está el...». «Nos juntamos en el...». «Te espero en el...». «Hagamos hora». «¿Dónde vamos?»: «Al portal».

CATALINA NICHOLSON ARANEDA, 16 AÑOS, TEMUCO.

## Lago Colico

Una vez fui al lago Colico. Era azul como el cielo, lindo como mi perro y grande como el sol.

LEONARDO GÓMEZ PÉREZ, 10 AÑOS, TEMUCO.

## Sentimientos de sol

El sol brilla después de semanas de lluvia, las bandurrias buscan gusanos y parecía que rieran, él tomaba mi mano mientras caminábamos mirando alrededor y parecía que el sol brillaba un poco más. Caminamos, hablamos y reímos recordando su compañía, puedo seguir descansando sabiendo que él está en mi Araucanía.

BEATRIZ GARRIDO JARA, 16 AÑOS, TEMUCO.

## En Coñaripe

Me levanto con tu brisa en la cara, veo por la ventana tu gran vestido verde, una luz me lleva al agua cristalina, por eso yo creo que somos familia.

MATILDE JARA SANTOS, 9 AÑOS, TEMUCO.

## Mi viejo pescador

En la bajamar rasguña la arena gris buscando chanchitos para pescar. Aguarda mirando el infinito que la marea empiece a subir, así los róbalos se acercarán. Una botella de bebida agujereada contiene la apetecida carnada. La caña es una lata donde se enrolla la tanza. Sus manos curtidas son hábiles y expertas al lanzar, aguarda a sentir el pique... un tirón y rápido a enrollar. El Luche, quiltro fiel de pelo duro celebra con un ¡guau, guau! El corazón le late como en la juventud, una sonrisa y ahí está, no llegará con las manos vacías.

GUADALUPE CARDINI DE VILLAAMIL, 45 AÑOS, PUCÓN.

## La Julia

La Julia era muy buena mamá, no solo protegía bajo sus alas a sus pollos propios, sino también a los que las otras gallinas desatendían, ¡si hasta se le enfrentaba al Peuco! Pasó el tiempo, se puso altanera; no se junta con las otras aves, las picotea, se cree inmortal. No sospecha que si no cambia su actitud, será la candidata para la cazuela de Fiestas Patrias.

MARÍA GLADYS ARCOS JARA, 59 AÑOS, PADRE LAS CASAS.

## El silbido del río

En Choroico, cuando llega la tarde, el río suena como si hablara. La gente dice que son los espíritus de los abuelos trabajando el campo. En el crepúsculo, al volver con sus bueyes esa tarde helada, ella escucha un silbido a lo lejos entre las araucarias. Tati, la mujer que llevaba los bueyes, se detuvo de repente, temblaba, pero los animales seguían tranquilos. Al llegar a la casa, encontró la leña ordenada junto a la puerta, como si el silbido hubiese preparado el calor que ella necesitaba.

ADELE ARIAS VIVALLO, 13 AÑOS, CUNCO.

## Mi abuelo Santos

Al abuelo lo recuerdo entre tinieblas. Viajamos a Cunco en micro y luego hacia la cordillera, a Curacalco a caballo. Largo camino de mucho barro y oscuros bosques. Pasé mucho miedo. Él fue mi amigo, yo su sombra. Me hablaba mientras cortaba pasto con la hechona: «Hay que guardar pasto para los animales, leña pa' cocinar y calentarse». «El cielo llora diariamente nieve y tristeza, cubriendo todo de blanco». «Se ve bonito, no te imaginas, y es agradable recordar y abrazar a tu abuela. Es difícil pasar el invierno aquí, menos mal trajeron harta yerba pa'l mate, ahora será mejor».

JUAN AEDO MÉNDEZ, 73 AÑOS, VILLARRICA.

## Hadita del Frío

En el sur existe una pequeña y traviesa hadita. Ella es la Hadita del Frío. Me encanta cuando salgo muy temprano en la mañana, porque ella siempre me prepara una sorpresa. A veces con la escarcha, congela unas flores y me las da de regalo. Pero los días de semana me obliga a ir muy abrigada al colegio.

VIOLETA RIVERA ARENAS, 12 AÑOS, VILLARRICA.

## Voces

### Premio al Talento Joven

El niño corría entre las araucarias, siguiendo el eco de un kultrún lejano. Su abuela le había dicho que, si escuchaba con el corazón, los árboles le hablarían. Se detuvo, apoyó la oreja en el tronco y oyó un murmullo antiguo: relatos de guerras, de ríos que nunca se rindieron, de mujeres que bordaban el cielo con estrellas. El viento trajo el olor a humo de leña y, entre las sombras, creyó ver figuras danzando alrededor del fuego. No tuvo miedo: entendió que la tierra lo reconocía. En ese instante supo que también él era parte del relato.

ALEXANDER CABEZAS SCHEVACH, 15 AÑOS, ANGOL.

## Chascarro

Clotilde corría libre en el campo, cuando de pronto su pie la traiciona llevándola directamente al suelo. «¡Diablos!», gritó con fuerza mientras el barro cubría su cara y vestido. En ese mismo instante alza la mirada, y frente a ella está el mismísimo Cola de Flecha, quien le dice: «Yo no tengo na' que ver con tu caída».

CECILIA LEAL GARCÍA, 54 AÑOS, CHOLCHOL.

## Martín pescador

Siempre parado en una rama, quieto observaba el agua, sin quitarle la mirada. Hasta que de pronto se lanzó en picada al río. Era la hora de almuerzo y un pobre pececito estaba en la carta.

SOFÍA SANDOVAL MONTAÑA, 10 AÑOS, TEMUCO.

## Ñi Küme wenüy

Tañi trewa rüme küme weniwen incu. Luigui pingey ñi üy. Lefkantukey wülwiñ rukamew tachi lof, fülkuley Temuco waria mew. Tañi trewa ka kimi mapudungun, ¡küpage! pifiyiñ mapudungun mew kisu küpakey.

DAMIÁN QUIDEL QUIDEL, 9 AÑOS, TEMUCO.

## Mi mejor amigo

Mi perrito es mi mejor amigo. Él se llama Luigui, corre y corre en el patio de la casa que está en el campo, cerquita de Temuco. Mi perro también sabe mapudungun porque cuando lo llamamos le decimos «¡küpage!», y siempre viene.

## Flaquito

La flaca silueta negra corría por la calle frente al hospital, como desesperado. Al acercarnos, unos ojos redondos nos miraron asustados. Huyó a la picapica. Los escasos automovilistas en la ruta nos miraban curiosos. Después de varias horas el olor del Dog Chow lo hizo salir de su escondite. Confió y logramos subirlo al maletero alentado por los granos sueltos que pusimos allí. Le llamamos Makewe. Su historia recorrió la calle donde vivimos. Hoy los vecinos nos preguntan por Makensy, Huichahue, Huerquehue... nadie logra recordar su nombre, solo su cuerpo negro y ojos agradecidos.

GLADYS ÁVILA GUTIÉRREZ, 53 AÑOS, TEMUCO.

## La bandida de Pueblo Nuevo

Para algunos, ella era una bandida. Muchos amigos no tenía, pero sí su propia pandilla. Para algunos, ella era una defensora, para otros era la sombra más temible de sus pesadillas. Para algunos, ella solo metía la pata. Para otros, era la alegría del taller, a veces llena de aceite, a veces durmiendo en los motores. Para las visitas, ella era una mal educada. Para la familia, era un poco incomprendida. Para muchos no era solo más que un feo gato cabezón. Para mí, era mi amiga, mi confidente, mi compañera. Nikki Jara, la bandida de Pueblo Nuevo.

KEVIN RIQUELME JARA, 33 AÑOS, PADRE LAS CASAS.

## Cita de las once

Sobre el cable del poste de luz cada mañana a las 11 se posaba, con su mirada inquieta esperaba a que él también llegara. Él no llegaba solo, lo hacía con su banda, quienes iban directo al campo con la tierra arada. Él encontraba lombrices y con sigilo algunas apartaba, creando ocasión discreta para que ella bajara. Así pasaron semanas y llegaron las lluvias invernales, conduciendo a la banda hacia más cálidos lugares. Tuvieron que despedirse de estos encuentros matinales, anhelando que la próxima primavera trajera consigo más encuentros ocasionales, entre esta enamorada Loica y su Queltehue de vuelos primaverales.

TAMARA FUENTES SALAS, 41 AÑOS, PADRE LAS CASAS.

## Interculturalidad

Venía con ganas de conocer algo de la cultura mapuche. Hablé con el Peñi para encontrarnos en el centro de la capital del Wallmapu, Temuko. Las instrucciones fueron: bájate en avenida Alemania, toma Hochstetter y, cuando pases la calle Francia, te puedes estacionar en Thiers. Ahí no hay parquímetros. Si quieres comer algo, anda al mall o cruza al frente, hay comida china, hamburguesas y un local de sushi con merquén. Después de conocer la plaza, el mercado y la feria Pinto, podemos ir al cine y comer popcorn ¿ok? Peukayal, cerraba el mensaje.

ANDRÉS RIED LUCI, 58 AÑOS, PUCÓN.

## Aquellos lugares

Cuando arribé aquí, se desveló ante mí un mundo nuevo. Me entregué al olor a poleo, a ruda y a tu perfume. Me enseñaste que el calor de esta tierra radica en quien te invita a compartir un mate. «Da gracias cuando ya no quieras más», dijiste. Me enseñaste de piñones, digüehes y enmurtado. Aquel último día me mostraste la belleza de un atardecer en la costa, que, en tonos cetrinos, se entrevera con la furia de los mares. «El sol apenas tuvo tiempo para despedirse», habría dicho Teillier. Y ahora... estás en cada uno de aquellos lugares.

JOSÉ MONTOYA COLLÍO, 32 AÑOS, TEMUCO.

## Desde la micro

«Anoche soñé con la abuela». «Está muy caro el pan». «Ayer lo vi en el paradero, pero no me saludó». El chofer de la micro lo escucha todo. En la guantera lleva una libreta. Anota sin que se den cuenta. A veces, cuando está solo, los lee en voz alta. Le parece que Temuco sueña mejor así: por fragmentos.

ROMINA VIDAL ÑANCO, 17 AÑOS, TEMUCO

## El changle mágico

En algún lugar del bosque existe un changle mágico. Eso escucharon unos amigos, quienes, emocionados por aquel mito, se decidieron ir a buscarlo. Buscaron por horas y horas, y justo cuando se rindieron, vieron una luz muy brillante. Se acercaron a la luz temerosos y cuando se encontraron cerca descubrieron que era lo que estaban buscando, el changle mágico. Muy felices regresaron a casa con la satisfacción de descubrir que el mito era real.

RODRIGO MARTIN ZAPATA, 12 AÑOS, CURACAUTÍN.

## El chucao y la plaza

El chucao no entendía por qué los niños corrían bajo la lluvia, empapados y riendo. Se posó en la farola de la plaza y observó cómo los charcos parecían espejos de otro mundo, una señora regañaba al perro callejero que se escapaba con un zapato mojado. El pájaro tosió indignado y cantó una melodía tan absurda que hasta los gatos se detuvieron. Yo lo miré, y por un segundo entendí que la naturaleza también juega, que la Araucanía no es solo bosque y río: es risa escondida en la lluvia.

MAIDA JIMÉNEZ BALBOA, 18 AÑOS, TEODORO SCHMIDT.

## Kiñe mate

Premio al Mejor Relato en Mapudungun

¿Kim mapudunguymi am? Fey pi kiñe wenü. Inche newe kim mapudungulan welu ayifun ta zoy kimael. Fey chi wenüy magelenew matetun mew.

VÍCTOR SILVA MARTÍNEZ, 31 AÑOS, TEMUCO.

## El mate

¿Sabes hablar mapudungun?, me preguntó un amigo. Yo no sé hablar mucho mapudungun, le dije, pero me gustaría aprender. Entonces él me invitó a tomar mate.

## En mi tierra

En la Araucanía, el viento silba entre los coigües y araucarias como si recordara un antiguo canto. Una niña mapuche, Kuyen, recoge piñones junto al fogón mientras su abuela narra historias de espíritus que habitan el bosque. Dicen que un zorro de ojos dorados guía a los perdidos hacia casa. Esa noche, Kuyen ve al zorro bajo la luna llena. Él no huye. Solo la mira y desaparece entre la niebla. Al volver, su abuela asiente en silencio. Kuyen ha sido elegida para escuchar los secretos del bosque. Desde entonces, cuando el viento canta, ella comprende. Y sonrío.

VÍCTOR GUTIÉRREZ ELGUETA, 31 AÑOS, TEMUCO.

## Treng Treng

Había una vez un tren que le decían Treng Treng, vino una serpiente y se comió el tren.

DAVID MARQUEZ SÁNCHEZ, 9 AÑOS, TEMUCO.

## El secreto

Te contaré un secreto, para ti y el barrio, me comí una araña y ahora vivo bajo un árbol.

TATIANA PALMA SEPÚLVEDA, 65 AÑOS, TEMUCO.

## Espíritu del Conguillío

Sendero de luz, bosque reluciente que llena el corazón y calma la mente. Distintos caminos, innumerables lagunas, todo lleno de magia, pero no todos son dignos de sentirla. Inmenso vigor hacía sentir a la pequeña niña que habitaba ahí, impresionada por su belleza; la naturaleza le brindaba comprensión. Nadie la veía, solo aquellos pocos que no veían con los ojos, sino con el corazón. Ella era un espíritu de alma pura, protegía el bosque y lo mantenía vivo con sus risas. Aquellos que la sintieron dicen que es la brisa de la tarde sacudiendo el cabello.

RENATA CURIQUEO VIELMA, 14 AÑOS, TEMUCO.

## Pájaro de mal agüero

Cuando pequeña me gustaba pasar días en casa de mis abuelos maternos. Era regalona de ambos. Recuerdo que, en aquella época, durante un par de días escuché un pájaro que cantaba raro. Le dije a mi abuela lo que había oído y ella comenzó a poner cruces con ramitas e hilo rojo en las puertas, además de otras cosas que como niña no entendí y tampoco aprendí. No volví a escuchar algo así, hasta hace unos días. Mi abuela dejó este mundo hace nueve años y yo no aprendí a alejar a los pájaros raros.

KARIN PEÑA GARCÍA, 32 AÑOS, CUNCO.

## Una extraña nube

Era un día normal en Villarrica, de pronto vi una nube y dije: «¡Mamá, mira esa nube!». Ella responde: «Eso no es una nube...». Lo que parecía ser una nube era el volcán que había estallado.

DIEGO ESPINOZA BARRAZA, 12 AÑOS, Villarrica.

## Junta familiar

Con la llegada del alba y el olor a tierra mojada, despierto escuchando cabalgadas a mi alrededor con gritos y saltos. Pienso que estoy soñando. Veo a mi abuela entre el humo preparando el muday y las sopaipillas en el fogón. Mi abuelo llega exaltado a la ramada diciendo palabras que no entiendo. Mi madre me arregla mi makun, me toma de la mano junto a primas y tías. Me mira tiernamente: vamos a purrucar, el nguillatun acaba de empezar.

CLAUDIA NECULPAN JARA, 29 AÑOS, TEMUCO.

## Mayo imperecedero

Cada tres de mayo resuena en mi mente un recuerdo de niñez: son las ocho de la noche en Labranza, hay oscuridad en la cocina, nos ilumina la estufa a leña mientras los palos crepitan, la olla hierve con piñones y castañas. En silencio esperamos, mientras comemos a oscuras mi abuelita, mi tía y yo. Ya viene... ya se acerca... ¡Ya llegó! ¡Viva la Cruz de Mayo!

DANIELA ORTIZ MORALES, 37 AÑOS, TEMUCO.

## Walüngtuwe

Bachantü püratuliñ taiñ pu che iñchiñ, wechuñ amualu iñchiñ. ¡Trüpeb-trüpebküli tañi piwke bente ñi ayüwün! Umé ayüwaiñ walüngtuwe mu, ¡Umeñma!... Pu kullin, webpachi karü kachu peaingün, tañi pu peñi iñchiñ ñimituaiñ ngilliu, aukantuai''ñ kai pewenentu mu, pu mañke müpüyawai wenu mu, pulom mawida mu ngürü kintuyawai püchüke kulliñ. Chau Dio pile peabuiñ Ta-Peñi llobtunebilu külli'ñ. Epe konlu ta antü, Ina kütral matetukiiñ, ngütramkakiñ kai chumlealu ta iñchiñ pükem mu, taiñ pu Chau entukingü kuibike ngütram, ngülamtukiñmu kai \"waria mu müleputulmün ¿Cheu chi peaimün bammechi mongewe?\" Pikingü. Beimu ¡chumkawnoume mülepuwtulaan kañ püle! Ayünebiñ walüngtuwe ¡doi küme mülewe ngelai!

DAVID POBLETE MANQUILEF, 47 AÑOS, LONQUIMAY.

## Veranear

Hoy, junto a mi gente, vamos subiendo a lo alto de la montaña. ¡Mi corazón palpita fuerte de tanta alegría! Nos disfrutaremos muchísimo en la veranada... Los animales encontrarán tiernos pastos verdes y con mis hermanos recogeremos piñones y jugaremos entre los pewenes. Los cóndores volarán en las alturas, entre las montañas el zorro buscará pequeñas presas. Si Dios quiere, veremos al puma acechando animales. Al atardecer, junto al fuego, acostumbramos tomar mate y conversar sobre cómo nos tratará el invierno, nuestros padres nos cuentan antiguas historias y nos aconsejan: ¿Dónde encontrarán otro lugar semejante?, nos dicen. Por eso, de ninguna manera me mudaré a otro lado, amo la veranada. ¡No existe un mejor lugar!

## Rayen y la comida traída del universo

Rayen dejó Temuco para estudiar Astronomía. Creció viendo la Cruz del Sur, la luna y la noche ahumada. El sol le da estornudos. Sus primeros garabatos fueron galaxias y la palabra infinito. Ya vio los satélites de Starlink surcar el cielo en fila india y casi cuatro eclipses (porque en 2019 hubo nubes y memes). Allá, en la universidad, saben mucho de agujeros negros, física cuántica y telescopios, pero poco de la *gente de la tierra*. Le dicen «¿en qué planeta fabricas esta comida extraterrestre?» y Rayen –orgullosa– convida de almuerzo pehuenes, changles, cochayuyo, nalca, maqui, luce, calafate, chupones, dihueños...

CAROLINA GONZÁLEZ SUHR, 53 AÑOS, TEMUCO.

## Vidas prestadas

Soñó con ser actriz en Santiago, escritora en Valparaíso, viajera por la Ruta Austral sin un mapa. Fue bailarina en sus pensamientos, madre de hijos que nunca tuvo, mujer del hombre que nunca existió, voz de canciones que no escribió. En la Araucanía, entre lagos y volcanes, vivía vidas prestadas, deseando ser todas, pero cada día se olvidaba de sí misma. Soñó tanto con vivir, que jamás lo hizo. Su mente era un caos, un rompecabezas incompleto. Cada sueño guardaba una parte de su alma. Perdía algo: no solo su ser, sino las vidas imaginadas. Soñó tanto, que se deshizo.

VALENTINA CARRILLO CEA, 18 AÑOS, PADRE LAS CASAS.

## La Piedra Parada y su poder del amor

Mención Honrosa

Soy Pedro. Vivo en Lolén, Lonquimay. Aquí tenemos un cerro con una roca gigante, se conoce como La Piedra Parada. La leyenda dice que si dos enamorados suben juntos, su amor será eterno. Les pasó a mis padres y a mí. Yo amé en secreto a Zaira, mi amiga de infancia. Cuando por fin la invité a subir, apareció con Diego, un santiaguino que andaba de vacaciones. Subimos los tres, yo con rabia callada, me sentía muy molesto. Pero el poder de la Piedra es más fuerte, ya son tres años de ese momento, hoy me casaré con Diego.

PATRICIO SILVA NAVARRETE, 36 AÑOS, TEMUCO.

## Estación del Recuerdo

El pequeño Joaquín insistió en conocer la estación y tomar el tren que realiza el recorrido Temuco-Freire, y cómo negarse a esa sonrisa. Eufórico llegó a contar la experiencia a sus tatas... Se escuchó fuerte el suspiro del tata Lucho, quien con voz cálida exclamó: «¡Vieja, ahí te di el primer beso!».

JACQUELINE CALFUMIL MILLACHE, 31 AÑOS, TEMUCO.

## La sopaipilla y su querido pebre

La sopaipilla se enamoró, había probado con tantos aderezos, el queso, la mayo, el ketchup, incluso el manjar. Terminó dañada en todas sus relaciones, pero terminó con el pebre, el que vendía doña Amalia afuera del colegio, tan perfecto. La juntaron con su querido, cinco minutos después la comieron, estaba en la guata de doña Juana, pero con su querido pebre.

JOSEFINA FLORES CASTILLO, 12 AÑOS, TEMUCO.

## Amor interurbano

Después de media hora logré llegar desde Labranza a Temuco, a tus labios, y te beso. Te beso en la frente, te beso en la mejilla, te beso en los labios. Te beso en el Parque Isla Cautín, te beso en el mall, te beso en el paradero. Tu barba roza la mía. Me despido y tomo la micro, media hora de vuelta. Todo el camino pienso en cuándo podré besarte de nuevo.

PABLO SEPÚLVEDA CIFUENTES, 26 AÑOS, TEMUCO.

## El viaje de dos (des)enamorados

Ambos podríamos llegar a Balmaceda. Conseguir dos boletos en los buses JAC. Escapar de este mundo que tanto nos domina. Comprar en la feria quién sabe qué cosas para tomar el té. Esperar lentamente hasta la llegada a nuestro destino (rezar por nuestro destino). Esperar que el agua de la zona lacustre calme las mareas de algo intranquilo. Como hortensias que esperan estar completamente listas para el verano. Llegamos a Villarrica a curar nuestras almas, pero, lamentablemente, el agua del Temu ya ha fluido. Sus ramas frías indican vida, pero, fría la tarde, doloroso el adiós y fría la salida.

FABIÁN SANDOVAL ROMERO, 20 AÑOS, TEMUCO.

## El viejo oficio de tejer palabras

Escojo el hilo apropiado para tejer el abrigador relato y lo enhebro por el ojo del lápiz, que comienza de inmediato a tiritar en mi mano, ansioso por dar inicio. Doy la primera puntada para comenzar a hilar una historia sin nudos enredados, para ir urdiendo una trama compleja y sin cabos sueltos, que termine en un desenlace agradable, logrando, de este modo, bordar un discurso terso y cálido, que teja el texto más colorido y hermoso, que no desentone con la moda de este invierno.

MAURICIO DÍAZ ARAVENA, 58 AÑOS, TEMUCO.

## El Papáciclo

El Papáciclo es una bicicleta con ingeniería espacial que lleva al Toñito cada mañana al colegio. Tiene una cúpula que lo protege de los temporales del sur, impulsada por mil caballos de fuerza de amor de padre, quien pedalea incansablemente por las calles de Temuco para darle un mejor futuro. Navega a velocidad interestelar, despertando la envidia en los niños que lo ven pilotear semejante nave. Al aterrizar se abre la cúpula –no, no sale humo– y con un gran salto se baja ante la mirada atónita de los compañeritos, mientras su padre se pierde pedaleando entre la neblina matutina.

CRISTIÁN ARRIAGADA ANGUIA, 45 AÑOS, TEMUCO.

## Le gané al policía

Una vez un policía se me acercó y me dijo «papel», y yo le dije «tijera» y me fui.

JAVIERA MONTERO OYARZO, 10 AÑOS, TEMUCO.

## *Part-time*

Guardaparques de medio tiempo en el parque Conguillío, el mejor trabajo del mundo. Pasar el verano ganando dinero, pagar el año de universidad, pensó. Tomó el celular para darle la noticia a su padre, pero se arrepintió. Fue al patio, sacó la bicicleta. También se arrepintió. Volvió a su habitación. Pensó una vez más. Tenía una sombra en la cabeza, una duda, una inquietud. Algo no le calzaba. Fue a sacar el jarrón con jugo del refrigerador, pero se arrepintió. Se quedó en medio de la pieza, estacado al piso, y definitivamente se arrepintió. Llamó. Dijo tiempo completo o nada.

JULIO PALMA CISTERNAS, 62 AÑOS, MELIPEUCO.

## ¡Carbón, carbón, casera!

En mi memoria está el sendero que salía desde mi casa hasta un ruko hecho de tablas. El recorrido atravesaba cerros, alambrados y pequeños arroyos. Sacrificio disfrazado de aventura en la mente de un niño. Llevábamos pan fresco, un puñado de yerba mate y un poco de azúcar. Atravesando el estero sobre un árbol caído, sentíamos olor a madera quemada y lo divisábamos. Ahí estaba mi padre, vigilando la pelcha, con su ropa y sus manos negras. Días después recorríamos las calles de Nueva Imperial, con el ruido de las ruedas de fierro, gritando ¡carbón, carbón, casera!

MARCO MELILLAN CANIULLAN, 42 AÑOS, NUEVA IMPERIAL.

## Tarde costina

Soltando la mancera corva del arado, Manuel libera los bueyes y se sienta a la sombra del añoso boldo, secándose el sudor de la jornada. Cerca de la ruca corretean sus dos hijos pequeños en torno al corral de las ovejas, vigilados por su madre que tiende la ropa bajo la ranchara a cobijo de la garúa. Ya se precipita al mar el sol rojo del atardecer. Es cuando termina el día de una faena, sin horarios, donde el tiempo no existe. En el horizonte, aún se ve difusa la joroba de la Isla Mocha, diminuta en la inmensidad.

EMILIO ORIVE PLANA, 81 AÑOS, CARAHUE.

## El Vike

Mención Honrosa

Media tarde en el apacible pueblo, don Natalio semi-dormido recostado sobre el antiguo mesón de su surtida tienda y en uno de sus laterales, quintales de harina perfectamente alineados. Sigilosamente el Vike, ladronzuelo del barrio, entra al local y carga en su hombro un saco de harina de la ruma existente, con fuerza lo deja caer sobre el mesón. Don Natalio sobresaltado escucha: «¡Le vendo este quintal, don Natalio!». «¡Mira, badulaque, toda la harina que tengo! ¡Llévate tu harina!», le responde. «¡No se enoje, don Natalio, si no quiere me lo llevo!», dice retirándose desfachatadamente quintal al hombro.

FERNANDO PEÑA MILLAR, 85 AÑOS, TOLTÉN.

## Piel de santo

Papá y mamá se lo tenían prohibido. Era el hazmerreír del Liceo Pablo Neruda por esta razón. Cuando terminó la hora de la visita, miraba el techo descascarado del CCP. A él nadie lo iba a ver, pero era respetado por ser el único sin un solo rastro de tinta en su cuerpo. Todos le decían el Santo y besaban el trarilonco que llevaba en la frente. Cuarenta años después de cumplir su condena, decidió tatuarse la palabra Libertad en honor a sus padres, pero su piel impenetrable, arrugada y marchita, ya no daba paso al desfile de las agujas.

JASON MALDONADO SKRAINKA, 53 AÑOS, PUCÓN.

## El carbonero

«Lelo, ¿qué es eso?». Y los cansados ojos de un anciano se desviaron al borde del cerro que tenía dos cuevas derrumbadas por el paso del tiempo. «Son hornos, hija. Donde se hacía carbón», respondió él con nostalgia. «¿Hizo carbón, Lelo?». «Sí, cuando vivíamo' en Huamaqui. Era una manera de ganarse la vida». El hombre de 89 años repitió en su memoria: «Ganarse la vida...», pues también era la forma en que, si no se tenía cuidado, la arrebataba. Como con el finao' Nancho, donde tres metros de fondo se transformaron en tres metros bajo tierra.

FLOR CARIAMO SUAZO, 38 AÑOS, TEMUCO.

## Descalzo

El gigante aparecía imponente entre los árboles del camino, su vestidura amarillenta era difícil de divisar cuando los rayos del sol atravesaban su esqueleto metálico. Aceleré para poder apreciarlo mejor, un bocinazo me hizo regresar a mi carril, un fuerte magnetismo me atraía hacia él... Mejor en tren, pensé... mejor en tren, y sonreí. Un año después caminaba por el Malleco inesperadamente, ni tren ni auto, de hecho, ni zapatos, cuando se cruza el viaducto a pie, se debe hacer descalzo. Podría haber escrito un poema, pero solo puse «aquí estuve yo».

ELEONORA SANGUER, 47 AÑOS, VILLARRICA.

## Una aventura sobre ruedas

Los paraderos y las micros son una dimensión única y especial para quienes eligen (o no) ese medio de transporte. Así estaba yo parada junto a varios más esperando la 3D, esa micro roja con blanco, cuya ruta es tan vasta e interminable como Chile mismo. Mientras esperaba con frío, pensaba qué desafío traerá este nuevo recorrido... ¿qué aromas adornarán los asientos?, ¿qué música invadirá la meditación y el sueño?, ¿qué nueva historia ilustrará el camino? «Bajo antes de San Ramón», le dije al chófer para que considere frenar y no pasarme hasta Cunco como la última vez.

CARLA C. COX, 49 AÑOS, TEMUCO.

## El reflejo de la princesa

Estaba allí, bajo la luna, como de costumbre, contemplando la abundante agua que corría con gran fuerza. Siempre me perdía en ese vaivén, siempre me arrancaba esos pensamientos de la cabeza... hasta que, de pronto, ¡plash!

BENJAMÍN ALARCÓN CERNA, 17 AÑOS, ANGOL.

## Mal de ojo

Dicen que hay distintos tipos de ojos: Hay ojos saltones, hay cansados, caídos. Algunos un poco esquivos y otros que, aunque pueden, no quieren ver. Hay ojos oscuros e imponentes. Dice la gente en el sur, a los pies de la cordillera de Nahuelbuta, que hay personas con ojo fuerte, pesado, que mira, que enferma. Esa tarde lluviosa, mi malestar y mi ojo chico me delataron ante una mujer mayor que me observaba en silencio con una mirada ausente, perdida en recuerdos de su infancia en el pueblo, aquellos días que aprendió de su abuela el antiguo arte de santiguar.

OLAYA FLORES GIACOMOZZI, 29 AÑOS, PURÉN.

## Los churrines y el Ñielol

Cuando era chica, era bien astuta y quería todo lo que mi prima tenía. Ella siempre tenía las mejores cosas, la mejor ropa, etc. Pero había unos churrines nuevos que mi abuela le había regalado, ¡eran tan, pero tan lindos! Que yo los quería a toda costa. Así que un día no aguanté más y se los saqué de su pieza, me los guardé en mi bolsillo y me fui como si nada, hasta que llegué a mi casa y me di cuenta de que se me habían caído, menos mal nadie me vio, solo el Ñielol.

ALUETTE PACHECO RAPIMAN, 33 AÑOS, TEMUCO.

## Luna y los Anchimallén

Luna, de seis años, caminaba por la pampa cerca del río Cautín. Entre la hierba alta, pequeñas luces rojizas danzaban: eran los Anchimallén. Su risa suave hacía brillar cada chispa con mayor intensidad. Los adultos no los veían; murmuraban sobre luciérnagas. Solo su padre, inclinándose, le dijo: «Si los ves, hija, es porque están aquí para cuidarte». Ella lo miró sonriente, con el corazón latiendo fuerte. Valorar la palabra de su padre era suficiente; sabía que mientras creyera en ella, los pequeños guardianes la rodearían siempre, y ningún miedo ni sombra podría tocarla.

ANDRÉS URREA DÍAZ, 39 AÑOS, TEMUCO.

## Bandurrias

El frío, el viento y la nieve cobran un poder absoluto en la copa de los árboles, que se mecen inalterables, ocultando los nidos de aquellas aves que han invadido el pueblo. Ellas quiebran el silencio y la calma que produce la nieve, sus aleteos retumban en la quietud, demostrando que incluso en la estación más fría del año pueden abrirse paso a la vida. Las bandurrias ya son parte del paisaje de Curacautín.

PABEL CHEUQUEPÁN INOSTROZA, 49 AÑOS, CURACAUTÍN.

## Tormenta sureña

La lluvia persistía aquella tarde; Mateo impaciente esperaba que cesara, debía comprar un libro. Fastidiado tomó su bicicleta y salió. Más adelante el clima empeoraba, el viento remecía los árboles. De pronto un relámpago lo detuvo bruscamente; asustado continuó su camino, llegaría hasta el añoso roble que se alzaba al comenzar la avenida y que en verano le protegía del sol abrasador. Al llegar a la esquina vio a su querido árbol partido en dos, como queriendo abrazar al mundo por última vez. El muchacho, conmovido, le miró con pena y una lágrima furtiva se deslizó suavemente por sus mejillas...

BOBYE CID ZAVALA, 90 AÑOS, TEMUCO.

## Nguiyatún en Quinquén

Fuimos invitados, un amigo, mi esposa y yo, a un nguiyatún en Quinquén. Nos rodean cumbres nevadas. En la noche un semicírculo de hogueras nos alumbra y nos calienta. Me alimenta el cuerpo la carne asada y la fraternidad sin dudas, y el alma la generosidad sin preguntas y la palabra ancestral. El kultrung me atraviesa, me sacude y transforma, mientras gritan jinetes y danzan guerreros y pájaros. En el día alucino con el ruego de la Machi. Pienso en el honor de haber visto el Pehuén ceremonial y de haber, por un momento, a Ngenechen adivinado.

VALERIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 82 AÑOS, TEMUCO.

## Instrucciones para viajar en el tiempo

¡Eureka! ¡He descubierto los viajes en el tiempo, dr. Julio! Adjunto el procedimiento para replicarlo (considere el portal de acceso a las afueras de Lautaro): 1. Conduzca a gran velocidad alejándose del pueblo. Tenga precaución de no chocar con los treiles. 2. Cuando haya avanzado unos quince kilómetros, busque carteles que anuncien Dollinco o Chumil; en su defecto, el inconfundible aroma a vacuno será un buen indicador. 3. ¡Enhorabuena! Ha llegado. Asegúrese de que haya funcionado al no presenciar esmog, escuchar un español distinto y sentir una inminente independencia eléctrica. P. D: Para regresar al presente, active sus datos móviles.

ABDIEL MARDONES CAMPOS, 20 AÑOS, LAUTARO.

## El saber que no se olvida

Premio al Mejor Relato de la Memoria

Mi abuela hablaba bajito, como si cuidara cada palabra. Cuando alguien se enojaba, ella decía: «No te olvides del kimün». Cuando llovía mucho, sonreía y murmuraba: «La tierra está contenta», yo solo la miraba sin entender bien. En el colegio nadie decía ese tipo de cosas, hasta que una vez la profe preguntó si conocíamos palabras en mapudungun. Levanté la mano y dije: «kimün», fue la primera vez que levanté la mano sin vergüenza. Expliqué que era el saber que no se olvida. La sala quedó en silencio, ese día entendí que mi abuela no hablaba bajito, solo hablaba distinto.

BELÉN QUIDEL DIEGO, 16 AÑOS, TEMUCO.

## Los cochayuyeros

Dicen que cuando llegan los cochayuyeros, llueve. Como si el mar se subiera a la carreta con pena, a llorar sobre el asfalto. Dicen que los bueyes son inteligencia artificial, desentonando entre autos brillantes y semáforos históricos. Traen hasta arriba la carreta de historia. Cruzan la ciudad, se abren paso entre corbatas y café. La plaza de armas se ve tan elegante cuando ellos aparecen. Dicen que cuando llegan los cochayuyeros, Dios se pone tan contento, que le dan puras ganas de llorar.

MARCELA LEONELLI LEONELLI, 54 AÑOS, TEMUCO.

## Su rincón

Cada vez que caía helada en el campo, nos peleábamos por el puesto más cerca de la estufa a leña. La gata siempre ganaba.

DIEGO BELLO CARRASCO, 32 AÑOS, VILLARRICA.

## Un pedacito de queque

Mi abuela horneaba queques como quien guarda recuerdos: con paciencia y mucho cariño. Ese domingo el aroma inundaba la casa, y yo ya planeaba robar un trozo antes de que enfriara. Ella me miró de reojo, «si cortas ahora, se baja», dijo. Esperé... 10 segundos, tomé un cuchillo y en ese instante apareció detrás mío más rápida que un avión. «¡Ni el ratón más avisgado me gana!». Me dio un pedazo pequeño, «de degustación», decía. Pero el resto lo escondió... Creo aún que en algún rincón de la casa hay un queque eterno que mira y sonrío.

DIEGO VALDÉS OYARZÚN, 14 AÑOS, TEMUCO.

## Recuerdos de un infierno - Incendio de 1908

El viento soplaba fuerte aquella tarde en Temuco, arrastrando llamas que devoraban todo. El abuelo contaba cómo de niño vio quemarse el pueblo; casas, la plaza y los sueños de miles. Mujeres y hombres luchaban contra el infierno. El abuelo, un niño asustado, veía impotente cómo, además, el pillaje se desataba entre las ruinas. Al amanecer, el silencio era abrumador y triste. Solo quedaban palos carbonizados, heridas, hambre, frío y recuerdos de un hogar que ya no existía. La nostalgia lo envuelve, mientras mira las brasas del fuego en la estufa el eco de aquel desastre resuena en su corazón.

MAURICIO BUSTOS SCHÖNFFELDT, 50 AÑOS, TEMUCO.

## El olvido

La casa se hizo grande cuando partió el último. Rosa, que crio ocho hijos entre cosechas, inviernos y sopa caliente, ahora tejía en silencio. Cada cuarto tenía una historia: risas, llantos, pasos pequeños. Todos se fueron buscando algo mejor, ciudades ruidosas, trabajos con horario. A veces llamaban, otras olvidaban. Pero cada domingo, Rosa cocinaba como antes, por si acaso. Ponía platos en el mantel gastado. Luego se sentaba sola, mirando la puerta. El viento entraba del sur con olor a leña y ausencia. Nunca se quejaba. Amaba con paciencia. Y cada tarde rezaba bajito, como si aún sus hijos la acompañaran.

LETTICIA MÉNDEZ CASTRO, 62 AÑOS, TEMUCO.

## El barquito de papel

Una lágrima acusó su pena, cuando el niño puso una carta con su foto en un barquito dentro de la bañera, quería que su padre la recibiera, el juguete estaba roto y se fue a pique, largó el llanto y se aferró a su pollera. La madre le aseguró que su carta llegaría a su destino, por muy lejos que su padre estuviera. Acerca, hijo, el periódico viejo, que con mis manos de artesana él te podrá conocer, cuando llegue tu carta a sus manos, en este barquito que te haré de papel.

SONIA MOLINA HORTA, 63 AÑOS, VILLARRICA.

## Bueno pa' la pala

Ese jubilado flaquito, pequeño y ojos grises, no lo vi más en el campo. Era servicial, sobre todo pa' tirar pala, como casi todos los de su época. Ya no quedan así. Pero partí con una mentira, no era jubilado, vivía al día, de lo que da la naturaleza y los trabajitos de los ciudadanos tiraos pa' campesinos como yo. Lo voy a echar de menos. De recuerdo me dejó su pala afilada apoyada en la barda. No la quiero entrar a ver si se la lleva un día o el astil echa raíces en la huerta.

FLAVIO OLIVARES FERRADA, 26 AÑOS, CURACAUTÍN.

## Pasillos

En los pasillos del hospital regional me di cuenta de que todas las personas que viven en Temuco olemos a una especie de mezcla de humo y humedad. Solía disgustarme, pero los olores también son parte de los lugares, así como en la feria Pinto puedo oler las verduras, en la universidad el olor a McDonald's y en mi arriendo el olor a parafina.

FERNANDA LEÓN MEYER, 24 AÑOS, COLLIPULLI.

## Añorar el campo

Me senté en la terraza y miré el campo, pero no es el campo realmente. No hay ríos ni cerros, no hay chivos ni yeguas, no hay primos corriendo ni patos escapando, ni mi tata carneando un novillo, ni mi mama haciendo cazuela. Este campo no es el campo, pero si entrecierro los ojos y aguzo el oído, aún puedo escuchar aves cantando las mismas canciones del campo, ese verdadero, el de los pozones y los senderos entre hualles, de corrales y chiqueros, de quintas y potreros. Se me lavó el mate.

FRANCISCO TORRES LAZO, 30 AÑOS, PADRE LAS CASAS.

## Don Yochas y sus corderos

Hombre antiguo, Rosas se llamaba. Le decían «Yochas». Trabajador de campo, era elegido para separar tablas del aserradero, un loco móvil de 1940 cuya sierra tiraba aserrín como lluvia. Sombrero gaucho desgastado y chompa de lana, sus manitos curtidas respondían al patrón como nadie. «Cuidado, hijito», me decía cuando lo miraba. Terminada la faena partía a su mediagua a encerrar ovejas y gallinas. Su fogón calentaba la choca, lata de café, y ahumaba sus carnes. Vivía solo. Un día de escarcha no llegó al aserradero y fueron a buscarlo. Yacía junto a sus corderos entumidos, que lamían sus manos curtidas.

MARCOS VERA OYARZO, 71 AÑOS, TEMUCO.

## Mi barrio Coilaco

Un día lluvioso de fines de invierno compré unas «anguilas» en Gorbea. El vendedor, con varias copas de más, me exigió que era el saco completo o ninguna. Mi esposa, al ver tantas «culebras» juntas, se opuso a que las ingresase a casa. Las dejé a la intemperie mientras pasaba el temporal. Un par de horas después salí a verlas y muchas se habían escapado. En la calle inundada, los pocos transeúntes las miraban maravillados y uno me comentó que en el restaurante Culebrón Cañero debían estar celebrando por haber recibido tantos hijuelos.

SERGIO CASTILLO MARTÍNEZ, 69 AÑOS, TEMUCO.

## El adiós

### Primer Lugar

El amanecer llegó sin pájaros. No llovía. No corría viento. Aun así, se oyó un crujido seco: el coihue del patio se quebró en dos. La abuela detuvo el hueso en el aire. Se quedó quieta, mirando el monte. El gato no cruzó la puerta. El humo del fogón subió en línea recta, sin danzar. «Alguien se va», dijo ella, apenas susurrando. «Cuando el coihue muere solo, es porque un espíritu ha soltado el cuerpo». Esa tarde, el cielo se volvió de cobre. Una bandada de queltehues gritó hacia el sur. Y nosotros supimos; ya no volvería.

CATHERINA ARGANDOÑA CORTÉS, 22 AÑOS, TEMUCO.

# Tiempo

Se va el tiempo, entre sauces y castaños escucho la música y siento su aroma por el viento del sur, y el fluir del agua del Río Cautín. Se me va el tiempo.

NATACHA MÉNDEZ PROVOSTE, 72 AÑOS, TEMUCO.

## La bruma

Dicen que, cuando el río Imperial se cubre de niebla y el bosque guarda silencio, no hay que mirar atrás. Una joven lo olvidó, oyó pasos entre los árboles y susurros en mapudungun viejo. Desde ese entonces, camina sin sombra y la bruma la sigue, aunque el día esté despejado. A veces la ven en los cerros, hablando sola, con los ojos clavados en el agua. Hay espíritus que no quieren ser vistos, y otros que quieren verte para siempre.

CATALINA POZA BUSTOS, 27 AÑOS, TEMUCO.

## Recolección sustentable

Antes de depositar cada digüeñe en el canastito de mimbre, los acercaba uno por uno suavemente a sus labios, suplicando entre besos y susurros volver a verlos la primavera siguiente. Como respuesta, una estela de dorado polvillo se elevaba hacia la copa de los hualles, asegurando así la continuidad del rito.

PAULINA SÁNCHEZ OYARCE, 40 AÑOS, LONCOCHE.

## Rukapillan

Vayas donde vayas lo puedes ver a él. Te sigue, como la luna sigue a un pequeño niño. No puedes esconderte. Ha estado ahí siempre y lo estará por muchos años más. Es imposible no encontrarlo, ya es parte de la ciudad, mucho más que todos. A veces cuando se enoja es de temer, pero por lo general se mantiene tranquilo, aunque nunca deja de estar activo. Y piensas, ¿cómo es que pudo llegar ahí?, y luego te das cuenta de que te estás preguntando mal, porque la verdadera pregunta es ¿cómo tú tuviste la suerte de estar viéndolo ahí?

MARÍA JESÚS VARELA CORTEZ, 26 AÑOS, VILLARRICA.

## Olvido

La última machi encendió fuego por costumbre, no por esperanza. Su kultrún, heredado de siglos, aguardaba, mudo. Sus hijos partieron, sus nietos ya no sabían nombrar el viento. Una noche comprendió que no era la muerte lo que temía, sino que nadie recordara que había existido. Golpeó el kultrún una última vez; el sonido retumbó débil, como corazón cansado, y se apagó entre árboles indiferentes. Ella lo arrojó al río. Nadie miró. Nadie lloró. Nadie escuchó. El silencio no fue vacío: fue peor. Fue certeza. Y así murió, no de vejez, sino de abandono.

GREGORIO REYES LEAL, 64 AÑOS, VICTORIA.

## Piedras del Allipén

Pasamos sobre el puente y alcanzo a ver el río unos segundos. Recuerdo que con mi papá bajábamos a buscar piedras. Yo miraba el agua y veía mi reflejo de niño. Estaba atardeciendo, pero aún hacía calor. En mis manos tengo unos palitos que recogí del camino. Los voy cortando y dejo que la corriente se los lleve. Mientras se alejan tiro piedras, simulando un combate. Mi papá dice que ya nos vamos. Me doy la vuelta y miro por última vez mis barcos, desapareciendo bajo el puente. La orilla vacía. Me pregunto si es que mi reflejo seguirá ahí.

SANTIAGO UBILLA CONTRERAS, 25 AÑOS, PUCÓN.

## La mama Teya

La mama Teya es mi abuelita, la madre de mi papá. Tiene 82 años, ella era muy ágil hasta que se cayó en la calle y ahora ya no se levanta. Tiene mucho ánimo, pero su pierna izquierda está muy dormida, no se puede mover. Cuando su pierna despierte vamos a volver a ir a la plaza de Nueva Imperial a comprar helados y pasear.

FRANCISCO CRAVERO HUENUQUEO, 13 AÑOS, NUEVA IMPERIAL.

## La Araucanía en mi casa

La lluvia choca contra mi techo y toda esa agua que cae se ve por la ventana. Mi atención fue interrumpida por la dulcecita voz de mi mamá llamándome a comer sopaipillas, ricas y calentitas sopaipillas.

CAROLINA RIVERA GARRIDO, 13 AÑOS, PADRE LAS CASAS.

## Santiaquense

¡Pucha! ¡Tarde de nuevo! Y además hay taco... pero este taco es soñado. Cambié un Mapocho seco por un Cautín abundante, lleno de ruido de agua, de árboles que peinan la corriente y aves que exploran sus altos y bajos. Cambié una nube gris de micros estruendosas por la neblina que irrumpe entre los cerros y se escabulle silenciosa entre los tremendos rayos de sol que asoman de entre los aromos, que a ratos me hacen confundir tanto brillo amarillo. ¡Ya señora! ¡Sí, ya avanzo! Déjeme disfrutar que por acá el tiempo no corre, se desliza.

SIBELLE BAGÚ AYBAR, 43 AÑOS, TEMUCO.

## Calles de Temuco

Caminaba por Prat y la abordó. Siguieron por San Martín y se liberaron. Llegaron a Pablo Neruda y se enamoraron.

MARCELO SEGURA HERRERA, 57 AÑOS, TEMUCO.

## Invasión en la Araucanía

En la ciudad de Temuco hubo una gran invasión, llegaron los extraterrestres. Yo estaba en mi pieza cuando vi la luz. Aterrizaron en la plaza Aníbal Pinto. ¿A quién le avisaba?, no había tiempo, metí la mano en la caja de juguetes y agarré una cosa que sería mi arma. Caminé a la plaza, tenía miedo, me escondí. La compuerta se abrió, bajaron los invasores, respiré profundo, corrí hacia ellos y grité: «¡¡¡Por el poder del piñón!!!». Lancé el piñón, entró en la boca de uno de ellos, se acercó y me dijo: «Más».

DANIELA RENNER SOLAR, 45 AÑOS, TEMUCO.

## Google Maps

Una niña, con los pies en la tierra y la cabeza en las nubes, miraba la cordillera desde la Araucanía. «Algún día cruzaré y llegaré a Argentina», decía. «¿Tú la cruzaste, mamá?». «No, hija», respondió. «Me subí al cerro más alto y... me dio vértigo, así que solo la crucé por Google Maps».

ISIDORA MELLADO VENEGAS, 15 AÑOS, VILLARRICA.

## Metrenco inolvidable

De la feria Pinto, nos fuimos de paseo al río Metrenco. Era el cumpleaños del Cumbia. El asado de equino, la parrilla a punto, el pipeño también... ¡brindamos! El Carechicha preparó el pebre, el Cojo gritó: «¡Vamos a bañarnos!». Estaba cansado, el pipeño hizo lo suyo, la corriente me llevó... me hundí... vi toda mi vida pasar como una película... hasta el funeral. De repente una mano tocó mi hombro... pensé: «Dios está por llevarme...». ¡Era el Cumbia! ¡Me salvó! Lloramos, nos abrazamos con alegría. Ahora, cuando rezo... no es muy seguido... primero me acuerdo del Cumbia, después de Dios.

HÉCTOR QUINTEROS FLORES, 70 AÑOS, PUCÓN.

